

(1)

Abril llega a mí lleno de recuerdos. Durante las mañanas frías del Distrito Federal, añoro el vientecillo suave -a veces fresco a veces tibio- pero siempre perfumado de azahares, de mi lejana tierra nortea. Cómo extraño el aroma de las lilas y la reseda, las campanas tempraneras de la iglesia de San Juan Bosco y la tranquilidad provinciana de mi barrio, con sus calles arboladas que en ^{al}atardecer, se llenan con el canto vocinglero de las urracas y la jocundia de las risas infantiles. ¡Hermoso y querido barrio - que vió nacer y crecer a mis hijos a la par que crecían mis ilusiones y mis alegrías!... Pero fue también en abril y en ese barrio cuando todo pareció llenarse de sombras. Fue en abril de 1975, cuando dejé de buscar como antes, ^{en los ramajes,} los renuevos verde-tierno de los árboles, cuando no me importaron ya ni la vocinglería de las urracas, ni la "jocundia de campanillas" de las risas de los niños. Fue entonces cuando las campanadas de la iglesia cercana, caían en mi pecho una por una como cuchillos que destrozaran mi corazón contrito. Fue en abril de 1975 cuando sentí en la carne y en el alma el zarpazo de la represión; fueron desde entonces las tinieblas y el vagar en la búsqueda del hijo amado que el Gobierno mexicano me arrebató.

Recuerdo cómo corría de los tribunales al Palacio de Gobierno, de los despachos de los abogados a la casa del gobernador. No cesaba de llamar por teléfono a cuanta persona conocida había que me pudiera proporcionar un dato - por pequeño que fuera- para encontrar a mi hijo. A diario visitaba los periódicos y hablaba con los reporteros, iba y venía con los amparos en la mano, desde los juzgados hasta la última oficina del gobierno de Nuevo León. Logré saber muchas cosas, todas ellas tristes y dolorosas. Me enteré de que a mi hijo lo detuvieron el 18 de abril, en una calle solitaria de Monterrey. Nada pudo su agilidad juvenil. "Los saltos jabonados de delfín", manchados de sangre y de dolor fueron sofocados por los seis ex ^{de?}hombres que se lo llevaron. ¡Oh dolor, oh angustia, oh incertidumbre! ¿A don/ Las saetas que lacera- ron las carnes de San Sebastián no fueron tan crueles. ¡Qué terrible tormento! Flechas que aguijoneaban la mente, saetas que destrozaban el alma. Sentí entonces lo que luego supe que han sentido tantas madres, tantas mujeres en América Latina: ese algo que espanta, el pensar al ser amado indefenso y maltratado, solo, inmensamente solo, entre sus torturadores coléricos y despiadados.